

ARTÍCULO V

PLATICA XXII

NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS

Decía ayer que en vista de los grandes peligros que amenazan nuestra fe, debemos dirigir á María las oraciones más fervientes sin temor de que sean estériles. Las causas aparentemente más perdidas y aun las más atacadas, cuando se ponen bajo su amparo, son las que más se salvan. Esta valiente guerrera no ha sido derrotada jamás, y su lucha ha sido incesante. Reina es siempre y en todas partes. Siempre responde á la confianza de sus hijos con la victoria. Por esto los pueblos reconocidos le han levantado templos bajo la advocación de Nuestra Señora de las Victorias. Los más notables que se conocen son el de Nuestra Señora de las Victorias, de París, y el de Nuestra Señora de las Victorias, de Roma. Ninguna denominación explica tanto como ésta la misión de María. Incontables son las victorias que ha obtenido en el terreno de la fe. Ved si no lo que ha pasado en esta tremenda lucha en que el cristianismo ha plantado la cruz triunfante en todo el mundo, á pesar del paganismo y de la barbarie. Hasta estos últimos tiempos podían poner algunos en duda la parte que ha tomado María en nuestros combates, porque no se apoyaban sino en semejanzas é hipótesis de mucho valor para la piedad, pero impotentes para llevar la convicción á los incrédulos. Ya hoy las probabilidades han cedido el lugar á la certidumbre. El tiempo, que en los altos designios de Dios, ha procurado todas las revelaciones necesarias, nos ha proporcionado últimamente documentos decisivos. En las pesquisas hechas

últimamente en las catacumbas de Roma, se han sacado del polvo de diez y ocho siglos una estatua bellísima de la Santísima Virgen, muy bien conservada y con una inscripción que se lee con mucha facilidad. Este es un monumento augusto y solemne que se tributaba á María en la primera edad del cristianismo; es un testimonio irresistible de la estrecha unión que mediaba entre la Santísima Virgen y los primeros fieles de la Iglesia. Este descubrimiento prueba que los millones de mártires que combatieron por la fe murieron implorando á María. María presidió la destrucción del paganismo y al plantarse la cruz sobre el palacio de Constantino se levantaron templos en honor de María. Algunos escritores asientan que si la Iglesia pudo domeñar á los pueblos bárbaros venidos del Norte y someterlos al yugo de la moral cristiana, lo debió menos al zelo de los apóstoles que á la virtud de los méritos de Jesucristo y á la *poderosa intercesión* de María. Cuentan que á medida que nuestros misioneros avanzaban al centro de un país, dejaban en los bosques y en las chozas, como un recuerdo de su paso y un testimonio de su triunfo, una cruz y una imagen de María. Luego María contribuyó poderosamente á la conversión de los pueblos, ó por mejor decir, á la destrucción del imperio de Satanás en el mundo. Mientras la Iglesia extendía así por todas partes los límites de su imperio, brotó de su seno una herejía, y cosa rara, atacó á la Santísima Virgen. Un gran personaje, el patriarca de Constantinopla, hombre orgulloso y lleno de ambición, se atrevió á proclamar que María no era la Madre de Dios, sino puramente la Madre de un hombre. Esto era negar el gran privilegio de la Santísima Virgen, el fundamento de todas sus grandezas, su alianza con la divinidad. El mundo entero se conmueve al oír semejante doctrina, tan contraria á la verdad y á la creencia de los pueblos. Los hombres más grandes de esos tiempos, y al frente de ellos San Cirilo, se apresuraron á

combatir semejante error, pero Nestorio, pues tal era el nombre del heresiarca, se negó á retractarse. La emoción fué general y se convocó un concilio ecuménico, que se reunió en la ciudad de Efeso. Todos los obispos del mundo consideraron un deber asistir á él y el mismo emperador mandó un delegado que le representase. Pero Nestorio era hábil y poderoso; sedujo al delegado imperial, se lo atrajo y orgulloso con este apoyo, oyó con desdén las decisiones del concilio.

Los obispos siguieron deliberando. El pueblo en masa permaneció reunido y ansioso al redor de la sala conciliar donde se trataba de la gloria de María. ¿Sería enalzada ó glorificada? La sentencia lo dirá.

Llegó la noche y se pronunció el decreto, declarando á Nestorio indigno de ocupar su puesto y todos los padres de la Asamblea firmaron la declaración solemne de que María es verdaderamente la Madre de Dios.

Tan luego como supo el pueblo el juicio doctrinal, lo recibió con gritos de aplauso. Gloria á Dios, gloria á María, Madre de Dios, exclamaban. Rodeó la muchedumbre á los obispos y los escoltaron hasta sus casas con hachas encendidas, quemando á su paso incienso y perfumes. María acababa de obtener una nueva victoria sobre su enemigo.

A fines del siglo doce se organizó en el Mediodía de la Francia una secta que era aun mismo tiempo anti-social y anti-religiosa. La moral adoptada por ella era sumamente cómoda para los sectarios y muy á propósito para lisonjear sus pasiones, pues sostenía que ante todo debía procurar el hombre satisfacer sus gustos, porque siendo el objeto de la vida gozar, es malo todo lo que á ello se opone.

Semejantes doctrinas son más que suficientes para levantar á la multitud, y la secta revolucionaria tomó un incremento que aterrorizó á la Francia. Mandáronse tropas contra la provincia en que tenía su asiento la herejía

y corrió á mares la sangre sin que soltaran las armas los herejes. El Papa tembló por el peligro que corría la religión, cuyos sacerdotes eran degollados, y mandó á un legado que al llegar al campo de los herejes cayó bajo su sangrienta cuchilla. Formóse entonces una especie de cruzada; misioneros y sacerdotes se dirigían allí de todas partes para hacer oír á los rebeldes la palabra de Dios. Todo era inútil; el desastre llegaba á su colmo y se perdían las esperanzas de hacer entrar en razón á los herejes.

El mismo Santo Domingo que se había dirigido desde España al terreno de las discordias para apagar el incendio, viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, tuvo una piadosa idea, y al considerar que eran inútiles todos los esfuerzos humanos, ocurrió á los divinos y pidió á María la conversión de aquellos hombres extraviados. No sólo lo pidió personalmente, sino que hizo que los demás dirigieran al cielo la misma petición.

No tardaron las cosas en cambiar de aspecto, se calmaron los ánimos y la verdad triunfó. Los albigenses se arrepintieron y se sometieron, y la paz se restableció de nuevo. ¿Quién obtuvo este resultado sino la Virgen María?

Conocido es de todos el maravilloso combate naval de Lepanto, que acaeció en el año de 1571. Envalentonados los turcos con sus victorias continuadas, avanzaban sus compactas huestes al centro de Europa, semejantes á las mugientes olas de un río desbordado que invade las llanuras. La Europa entera tembló al saber la aproximación de aquellos bárbaros de nueva especie. ¿Debía ser presa toda ella de las falanges de Mahomet? Era de temer que así sucediera, pues faltaba tiempo para ponerse en estado de defensa; cortas eran las fuerzas que podían oponerse á tan incontables enemigos.

El Papa no podía dejar de tomar parte en la lucha que era más que todo religioso y ponía en grave riesgo el ca-

tolicismo. A la voz del Papa todos los fieles se pusieron en oración. Las iglesias se llenaron de ellos y todos invocaban á María. En Nuestra Señora de Loreto se dispuso una gran función el primer Domingo de Octubre y ¡oh suceso maravilloso! Ese mismo día se puso un dique á la arrogancia del musulmán y sus numerosos ejércitos fueron destrozados por un puñado de guerreros. Sucumbió el ejército musulmán y se salvó la cristiandad. Para perpetuar el recuerdo de este milagro, el Papa Pío V, mandó erigir en Roma una basílica, á la que dió el nombre de Nuestra Señora de la Victoria.

Luego es verdad que María es más terrible que un ejército formado en batalla. «*Terribilis ut castrorum acies ordinata,*» y todos los hechos que anteceden, demuestran cuán cierta fué la inspiración de San Cirilo de Alejandría, cuando en un arranque de gratitud, exclamó después de la primera sesión del concilio de Efeso. «Salve, virgen Madre de Dios, tesoro del universo y tesoro de la ortodoxia.» Sí, María es el tesoro del universo, el soldado nunca vencido por la herejía, el guardián de la verdad. Y haciendo punto omiso de los prodigios de que ha sido testigo el mundo entero, ¿quién podrá contar jamás las victorias aisladas, secretas é individuales que obtienes todos los días?

¿Cuál es el hombre que no se ve terriblemente combatido en la vida y no vuelve un día los ojos hacia María? Todos nosotros, y ay de aquel á quien esto no suceda, todos nosotros, digo, somos un campo de batalla en el que se libran los más encarnizados combates, porque se pelea en él un grande interés, la salud de nuestra alma. Quizá más de una vez han conseguido ya sobre nosotros victorias mil el mundo y el demonio. El demonio nos ha tendido sus redes y el mundo nos ha tentado con su brillo engañador; y las pasiones se han rebullido en lo más hondo de nuestro ser. Hemos debido resistir á todas estas

fuerzas coaligadas, y si no nos ha sucedido aún, nos sucederá más tarde. ¿Quién nos sostiene ó podrá sostenernos en esas luchas que han arrancado á San Pablo, á San Gerónimo y á tantos otros santos las quejas que hasta nosotros han llegado? ¿Quién inspirará á los ricos el desprecio cristiano de la codicia y de la riqueza? ¿Quién infundirá al pobre amor y resignación en vez de odio y deseo del bien ajeno?

¡Desdichado del que intente resolver por sí solo el problema de la vida! ¡Ay del presuntuoso que se jacte de vencer por sí mismo los contratiempos y vencer sólo á sus enemigos! La vida será para él una fuente de amargos desengaños.

Recordemos, hermanos míos, que si el cielo es una recompensa que no es fácil obtener ni aun luchando, nuestro bien exige que roguemos á María que combata con nosotros. Lo hará si se lo pedimos, y no tardará en coronar nuestras frentes con la victoria, colocando en ellas la corona de la inmortalidad, que si ella nos ayuda, podremos poner luego á sus plantas como una prenda de nuestra gratitud.—ASÍ SEA.